

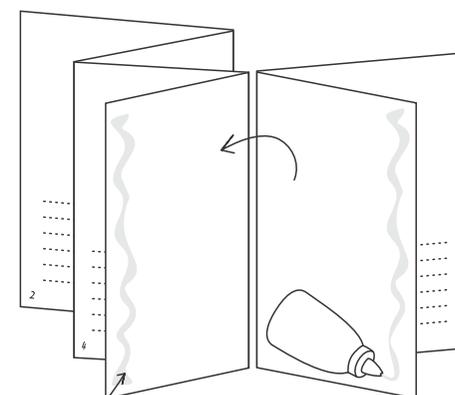
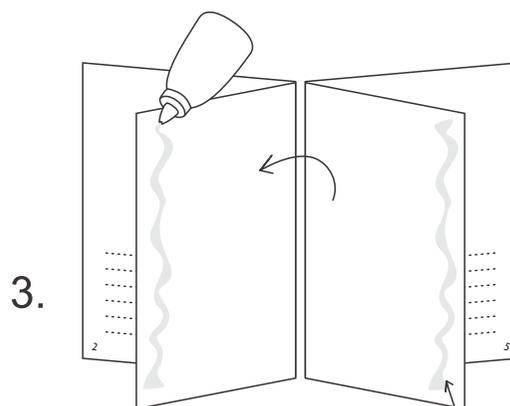
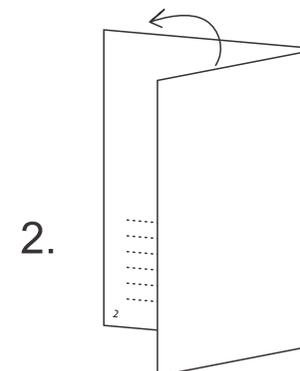
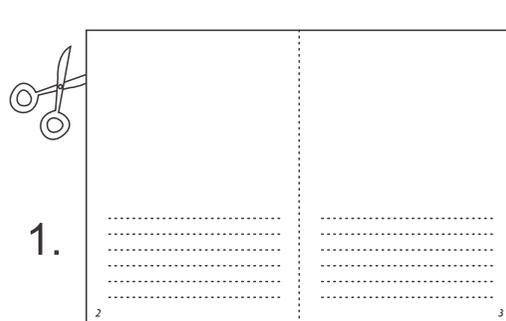


## ¡Ilustradores a dibujar!

### 9 - Fantasmas Molestos de Leo Batic

Esta actividad tiene 1 página con instrucciones + 4 páginas para armar el libro

- 1 - Recortamos las hojas.
- 2 - Doblamos las hojas por la línea de puntos del medio.
- 3 - Unimos las hojas con pegamento según la figura.
- 4 - Recortamos las tapas, se van a dar cuenta que son un poco más grandes que las hojas.
- 5 - Doblamos las hojas por la línea de puntos y las pegamos a las hojas según la figura.
- 6 - Ahora pueden ilustrar sus historias en los espacios en blanco.
- 7 - También pueden ilustrar la tapa.
- 8 - Cuando finalicen, pueden completar la tapa con sus nombres.
- 9 - Cuando lo tengan listo pueden compartirlo con amigos y familias.  
¡A divertirse!



pegamento



4/5.



Armos el libro 9: Fantasmas Molestos



Les presento el libro que ilustré  
para armar mi



TAPAS

- 01 - Benito en el país de las sombras chinescas
- 02 - Colores sorprendentes hasta en los dientes
- 03 - Un cuento Paka-paka
- 04 - Diente de paciente
- 05 - El D. Raymond conoce al Dr. Schneider
- 06 - Duraznos
- 07 - El espejo en la pecera
- 08 - El Tormentón
- 09 - Fantasmas molestos**
- 10 - ¡Me importa un rabanito!
- 11 - El monstruo con ojos de fuego
- 12 - El número sin nombre
- 13 - En la Pileta del Club



# Fantasmas Molestos

Texto de Leo Batic  
Ilustraciones de .....



## Armamos el libro 9: Fantasmas Molestos



HOJA I

Juan sabía que esa era la noche. Después de muchos experimentos, esta vez sí vería a un fantasma.

Desde que se habían mudado a esa casa, todas las noches escuchaba pasos en las escaleras, cadenas arrastrándose y lamentos torturados. Varias veces había sentido una presencia que corría a sus espaldas, los pelitos de la nuca se le paraban cuando entraba a una habitación a oscuras y podía asegurar que una respiración surgía del ropero de su habitación.

Sus padres insistían en que era una tontería.

—Juan, ya tenés once años, tenés que dejar de creer en esas cosas.

—Pero papá, estoy seguro de que hay fantasmas en esta casa —respondió, obstinado—. Ayer tomé la temperatura de mi habitación, bajó tres grados en cinco segundos y después volvió a la normalidad.

—Miraste mal el termómetro.

—Los fantasmas enfrían los lugares por donde pasan.

—Los fantasmas no existen, Juan.

No se habló más del tema, pero siguieron culpándolo por los vasos que se rompían en medio de la noche, los muebles que amanecían en el otro lado del comedor, y los cubiertos puestos para una fiesta a la que nadie estaba invitado.

2

3



## Armamos el libro 9: Fantasmas Molestos



HOJA II

Pero no era el único. En el barrio había por lo menos cuatro amigos suyos que aseguraban haber sentido la presencia de los espíritus en pena.

Lo habían probado todo: círculos de sal, vasos de agua debajo de la cama, hasta habían colgado ajo en las ventanas, por las dudas. Nada daba resultado. Incluso estaban seguros que todo eso había empeorado las cosas. Cada intento de echar, o al menos, contactar a los fantasmas parecía ponerlos más nerviosos. Algunos vecinos suplicaron al papá de Juan que cesaran con las fiestas en el sótano, mientras que los padres de los otros chicos habían recibido quejas por ruidos molestos, humos fétidos y gritos escalofriantes. Sin embargo, nadie había logrado ver a los fantasmas.

Y lo peor estaba por venir. El sábado, después del partido de fútbol, Juan y sus amigos se habían reunido en la casa del árbol. Cuando el sol se ocultó detrás de la plaza, distribuyeron sobre el piso de madera y cartón papeles con letras dibujadas y colocaron una copa dada vuelta en el centro. Los cinco chicos pusieron sus índices sobre la base de cristal. En un instante, el frío les caló los huesos y la copa comenzó a bailar, frenética. Sin perder tiempo, marcó las letras del nombre de Juan y una sola frase: “Viernes, medianoche”.

La copa saltó del improvisado tablero, atravesó la puerta y se hizo añicos a los pies del árbol. Los cinco amigos huyeron

4

aterrados y no se atrevieron a mencionar el asunto.

Durante los días siguientes, todo el barrio pudo dormir en paz. Excepto Juan. Dejó de comer, no jugaba, no hablaba y se mantenía lo más quieto posible. Sus padres se preocuparon, pero él no quiso decirles ni una palabra. Sólo se limitaba a mirar el almanaque y descontar días. El problema no era que todos los fantasmas del barrio decidieran congregarse el viernes en su casa. La pregunta seguía siendo la misma de siempre: ¿cómo los vería?

La respuesta llegó al otro día. En un antiguo libro de leyendas urbanas que había sacado de la biblioteca, un testigo aseguraba que podían verse a los fantasmas si uno prendía una vela en una habitación a oscuras, a la medianoche y se paraba frente a un espejo.

Juan no sabía qué le daba más miedo: si enfrentarse a un espejo con una pequeña luz danzarina o ver finalmente a un espíritu. Lo peor era que no tenía otra opción. ¿Qué podía suceder si no los veía? ¿Estarían dispuestos a atacarlo? O peor aún ¿le harían daño a sus padres?

Juntando el poco coraje que le quedaba, blanco como un papel y demacrado por los días sin comer y dormir, el viernes esperó a que sus padres se durmieran y fue hasta el comedor, se enfrentó al enorme espejo en la cabecera de la mesa y encendió la vela, temblando. Tragó saliva, se secó la

5



## Armamos el libro 9: Fantasmas Molestos



### HOJA III

transpiración de la frente y se obligó a mirar hacia adelante.

Al principio se asustó, no por los fantasmas, sino por su rostro. Parecía un muerto vivo. ¿Cuántos kilos había bajado? Estudió sus ojeras, estiró la piel de su frente y sacó la lengua. Luego decidió enfrentarse con lo inevitable. Dio un paso hacia atrás y enfrentó la imagen de la sala. Una bruma se descolgaba de las ventanas.

Juan emitió un quejido de espanto justo en el momento en que su padre entraba en la sala, intrigado por la débil luz que venía de allí. Cuando vio la cara de su hijo a la luz de la vela, gritó del susto y se enredó con la cortina. Quedó envuelto como una momia mientras Juan también gritaba. Su mamá entró corriendo y se tropezó con el volado de la cortina, pisó la cola del gato que dormía en un sillón y se aferró al mantel, que cayó sobre su cabeza.

Cuando las apariciones fantasmales se formaron en el espejo, nadie les prestaba atención. El espíritu de la casa fue el primero en ver a los dos seres que se ponían de pie, envueltos en telas, mientras un gato negro corría en círculos maullando. El resto de los fantasmas tenía la vista clavada en el rostro iluminado por la vela. El alarido de terror se escuchó a varias cuerdas a la redonda. Las ventanas de la sala se abrieron con un estruendo y los espíritus salieron espantados de allí, para

6

escondarse en otros barrios, lejos de aquella casa maldita.

A la mañana siguiente, Juan se puso al día con la comida. Sus padres creyeron su historia del corte de luz y la vela. Jamás imaginaron que su hijo cometería el error de pararse frente a un espejo a medianoche.

Desde aquel día, el barrio durmió en paz y nunca más aparecieron fantasmas en la zona. Sin embargo, en los barrios más alejados, los chicos ya no duermen. Ellos aseguran que los fantasmas se esconden en los roperos, sacan los cubiertos de los cajones y tapan todos los espejos con sábanas y manteles.

7

